

EMIL LUDWIG

TRES DICTADORES:
HITLER, MUSSOLINI Y STALIN
Y UN CUARTO: PRUSIA

TRADUCCIÓN DEL MANUSCRITO ALEMÁN
DE FRANCISCO AYALA

BARCELONA 2011



A C A N T I L A D O

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax 934 147 107
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© Herederos de Emil Ludwig
© de la traducción, by Herederos de Francisco Ayala
© de esta edición, 2011 by Quaderns Crema, S.A.U.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S.A.U.

ISBN: 978-84-15277-13-2
DEPÓSITO LEGAL: B. 15 418-2011

AIGUADEVIDRE *Gráfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *abril de 2011*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

I
UN HISTÉRICO
CREADOR DE HISTORIA

I

Entre todos los hombres célebres del presente no hay ninguno de aspecto tan insignificante como Adolfo Hitler. Roosevelt representa el mejor tipo del americano; nadie le tomaría por un francés, nadie le confundiría con un médico o un clérigo. Mussolini, con su cabeza de César romano, representa, tan pronto como hace su aparición, al dictador latino. La señorial cabeza de Edison delata en cada rasgo, a un tiempo, su nación y su espíritu. Churchill tiene toda la apariencia del hombre de Estado inglés. Incluso Stalin tiene una expresión muy personal.

Hitler, ni parece alemán ni un hombre de Estado, y ni lo más mínimo puede pasar por representante de la raza que ha divinizado. El más destacado higienista etnólogo de Alemania, Max von Gruber, profesor de la Universidad de Múnich, gran nacionalista, declaró como testigo ante los Tribunales en 1923: «Por primera vez vi entonces de cerca a Hitler. Rostro y cabeza de mala raza, mestizo, bajo, frente huidiza, nariz fea, pómulos anchos, ojos pequeños, pelo oscuro. Expresión del rostro, no de una persona que tiene pleno dominio de sí mismo, sino de un convulso demencial. Y en fin, la expresión de un satisfecho sentimiento de sí mismo».

Todo lo que su imagen, sus costumbres, su estilo, nos denuncian sería por completo trivial si no estuviera movido por este convulso demencial que puso de relieve el sabio, única cosa que explica sus éxitos.

Un hombre patológico que, como es frecuente en la His-

toria, se ha empujado hacia un sentimiento de sí mismo mediante la exageración enfermiza de ciertos motivos, y que de él saca sus resoluciones y actos. Con este temperamento cáldido, con esta proclividad a las locas empresas, se distingue por completo de Mussolini, que es frío y cínico. La vinculación, con frecuencia investigada, de genio y locura se hace clara en los momentos más fuertes de la vida de Adolfo Hitler. Le hace inimputable, y si después de una gran catástrofe hubiera de comparecer como acusado ante una Corte mundial de Justicia, se haría cuestionable si psiquiatras serios podrían declararle responsable. De aquí se deduce cuán poco significa un tratado con él o una promesa suya.

De su juventud pueden ya desprenderse los elementos capitales de su carácter inquieto y saltarín. Está lleno por el deseo apasionado de saltar sobre un mal punto de apoyo. No puede advertirse en él ni la voluntad de dicha tranquilidad. Ninguna especie de amor a nadie, padres, hermanas, mujeres, sino, por el contrario, odio apasionado contra todo lo que en el mundo es más valioso que él. Ya su padre malgastó toda su vida queriendo hacer olvidar su honrosa artesanía de zapatero y su condición de hijo habido fuera de matrimonio, y convertirse en un empleado con uniforme y gorra, con título y pensión. Se esforzó hasta su muerte—pequeño empleado aduanero bohemio—por representar algo en su pequeña ciudad, valer, ser alguien; incluso hizo desaparecer el nombre de su madre—se llamaba Schicklgruber—, y adoptó el nombre de su suegra. También sus tres matrimonios estuvieron impregnados del mismo deseo de poder ingresar en una mejor sociedad, tomando la primera vez como esposa a una muchacha de catorce años, y la tercera vez a una de veintitrés, que fue luego la madre de Hitler.

Así, el hijo heredó ya el resentimiento del padre. Pero en lugar de arrojarlo con celo en los estudios que le hizo ini-

ciar su madre a costa de grandes sacrificios, los interrumpió; primero, a los catorce años a causa de un padecimiento pulmonar, y luego sin causa alguna, y dejó transcurrir toda su juventud sin hacer siquiera el intento de apropiarse unos conocimientos, un oficio. «En la medida—escribe él mismo—en que las escuelas secundarias se alejaban, cuanto a materia docente y educación, de mi ideal, me hice íntimamente indiferente. Lo que por obstinación desaproveché en la escuela había de vengarse después de modo amargo». Declara en su libro que ya entonces no soportaba ninguna coacción para cierto orden del trabajo o ciertas tareas, sino que quería llegar a ser un artista libre, un pintor. «Bien—dijo la pobre madre—, vete a la Academia de Bellas Artes de Viena». Pero allí es rechazado por falta de talento, y después tampoco es admitido en una segunda prueba. Igualmente la Escuela de Arquitectura, donde entonces intentó ingresar, le rechazó, porque ni tenía un certificado escolar, ni tampoco demostró la gran capacidad que, según los reglamentos, hubiera podido suplir al certificado. La reprobación no hirió nunca su orgullo. Como entonces murió su madre, se quedó a la intemperie en Viena, sin medios ni conocimientos.

Durante cuatro años—la mejor época de la vida de un joven trabajador que quiere formarse—vivió Hitler sin realizar esfuerzos, sin una actividad, dependiendo de la simpatía de fundaciones ricas, en su mayor parte judías: primero en un asilo de vagabundos, y después en un Hogar para hombres; y esto, en 1900, es decir, en una época en que no había desocupados forzosos. A veces llevaba valijas a la estación para algunos pasajeros, a veces iba a limpiar la nieve. Recibía la comida en las cantinas para gente pobre, fundadas por el judío Barón Königswarter. Lo único que hacía para mantenerse era pintar pequeñas tarjetas postales o

retratos según modelo, que un amigo suyo vendía para él a traficantes y en una tienda de muebles que los colocaba en el respaldo de los sofás.

El dibujante Hanisch, que fue amigo, durante casi un año, de Hitler, a la sazón de veinte años, y que le ayudaba en su venta, le ha descrito después en sus recuerdos amistosamente conservados; y entonces dibujó Hitler dos carteros, uno de los cuales, anegado en sudor, se sube un calcetín, mientras que el otro, a su lado, risueño, le recomienda en verso un nuevo polvo contra el sudor. Este dibujo de propaganda lo hacía para el judío húngaro Neumann, que le regaló dinero, camisas y un llamado «Kaiserrock» (abrigo del Emperador), y a quien Hitler expresó entonces la mayor gratitud. Dentro de su largo abrigo, con un bozo oscuro sin afeitar en la mandíbula al estilo del popular presidente, le llamaban «tío Krüger».

Espiritualmente Hitler fue captado en Viena por el entonces incipiente antisemitismo, con el que edificaba un partido el burgomaestre de la ciudad; éste se dirigía contra los judíos acomodados, al frente de muchos negocios, que eran tan numerosos en Viena, y no buscaba otra fundamentación que la lucha contra esa competencia. Hitler, que, como todos los hombres desidiosos, estaba siempre a la busca de una clase o de un pueblo culpables que le cerrase el acceso al bienestar y a la consideración, se unió a esa cohorte, porque veía en Viena muchos judíos influyentes; aunque al mismo tiempo se hacía mantener con dinero judío, y todavía pintaba una tarjeta de año nuevo para el médico judío de su familia y se la enviaba a Linz desde Viena: «Rendidamente agradecido, Adolfo Hitler».

Mientras que se hacía dependiente así de representantes de una raza cuya influencia comenzaba a combatir, surgía en él, de un innato sentimiento de vergüenza, un odio con-

tra aquellos hacia los cuales estaba obligado a experimentar gratitud, pese a todas sus teorías. A esto hay que añadir que se encontraba a veces, en el asilo, judíos sucios, oliendo a miseria, de los que él pretendía deducir un juicio de carácter general.

Las innegables dotes que más tarde ha demostrado Hitler hubieran debido conducirle de joven a ganar dinero de alguna manera, aun sin examen ni preparación, si no hubiera sido llevado por su repulsa a todo trabajo reglamentado, hacia el llamado ensueño de artista; pero su falta de talento le desalojó de ahí. ¿Qué queda para tal joven, que a todo precio quiere elevarse socialmente? La política, y por cierto, aquella en que casualmente había caído Hitler. Leía entonces, según él mismo cuenta, folletos sueltos sobre la política pangermánica, austriaca y social del día; se orientaba sobre los tópicos, y descubría, en sus largas discusiones con otros inactivos asilados, que sabía discutir mejor que la mayoría. En realidad, no era todavía un orador, pero su cálido y violento modo de dominar a los otros con gritos, sus gestos vivos y, sobre todo, la envidia en él tan arraigada hacia todos los que tenían buena ropa, paseaban en hermosos coches y habitaban buenas mansiones o podían entrar en un palco de la Ópera, la pasión llena de odio de sus discursos, le daba una ventaja sobre los demás y sustituía en él a los argumentos.

Poco a poco aprendió a fundamentar la moda antisemítica adoptada en Viena; y al mismo tiempo, aun cuando había sido bautizado católicamente, se convirtió, ya en estos años, en un enemigo violento de la Iglesia Católica, contra la que entonces dirigían el llamado movimiento de «*Los von Rom*» (independencia frente a Roma) los mismos hombres que hacían responsables a los judíos en Austria de todos los males. La tercera cosa que enseñaba ese partido era

la reunión de Austria con Prusia, y Hitler describe más tarde su entusiasmo cuando, en medio del Parlamento de Viena, bajo el reinado del Emperador Habsburgo, alguien gritó «Viva los Hohenzollern». La poderosa Alemania atraía a este nativo austriaco como gran potencia, igual que todo lo que reflejaba categoría, influjo y brillo en la vida. Su juventud inactiva oteaba los altos tejados hacia los que podía trepar lentamente cualquier dirigente por entonces desconocido. Mientras que se entusiasmaba por Alemania y participaba en el pequeño partido, que ya existía, de los amigos de una anexión de Austria, se revolvía con pasión en sus debates del asilo contra los socialistas, a los que pertenecía, sin embargo, por razón de clase, como una especie de «trabajador». Hitler no quería otra cosa que entrar en el mundo burgués, exactamente igual que su padre. Condes y príncipes eran inalcanzables; no los envidiaba. Los trabajadores eran hombres miserables; los evitaba. Pero ser burgués, burgués asegurado, ése era su ideal, y como los judíos no eran ni nobles ni obreros, sino burgueses, en parte situados en lo más elevado de la vida, los odiaba también por eso.

De repente, la guerra salvó al supuesto pintor, quien había intentado fortuna, por último, en Múnich, con la misma falta de éxito. Lleno de odio contra todo aquello de que él procedía, su país, su clase, sus padres y hermanas (que por lo demás, no aparecen nunca en sus memorias), se alistó, para sustraerse al servicio militar en Austria, como voluntario en el ejército alemán. Al fin pertenecía por primera vez en la vida a una comunidad poderosa, el ejército alemán. Al fin se encontraba ante una finalidad y una meta; a saber, la de contribuir a proteger al imperio y al pueblo alemán. Llorando—escribe él—cayó de rodillas lleno de gratitud por la declaración de guerra. Pues está acostumbrado a relacionar consigo mismo en forma de halo todos los acon-

tecimientos, y por ello afirmó en sus memorias que todo el pueblo alemán deseaba esta guerra, porque la deseaba él.

En los cuatro años de guerra que pasó en el frente occidental, sufrió Hitler una ligera herida, así como una lesión producida por los gases, que todavía afecta hoy día a su voz y le impone la moderación en comida y bebida. Después de que con posterioridad han sido investigados todos los documentos y testigos alcanzables sobre el servicio de guerra de Hitler, resulta que pasó todo el tiempo como ordenanza en el estado mayor del regimiento y, por lo tanto, no en las trincheras, y que ese estado mayor del regimiento sólo perdió un hombre en la guerra. Según los libros escolares alemanes habría recibido la Cruz de Hierro de primera clase por un acto brillante: el de haber sorprendido en una trinchera a doce o quince franceses, haberlos hecho prisioneros y haberlos conducido ante su comandante. En la historia del regimiento, en que se describen con nombres y acciones otros dos hechos muy análogos, no hay una palabra de todo este cuento. No se ha demostrado en modo alguno—aunque tampoco sea imposible—que haya recibido, en efecto, la Cruz de Hierro, única orden que lleva siempre.

Es chocante que, en cuatro años y medio, sólo haya llegado a ser cabo. Una vez que faltaban suboficiales manifestó el jefe de su compañía: «A este histérico no le hago yo suboficial». Posteriormente se ha llamado Hitler a sí mismo «soldado desconocido de la guerra mundial», aun cuando por desgracia no yace en el panteón de éste, en Berlín.

Cuando después de la guerra surgieron una multitud de ligas secretas, dirigidas en parte por la Reichswehr, para espolear al pueblo alemán contra la paz de Versalles y armarle contra sus prescripciones, algunos oficiales reconocieron las grandes dotes de orador del soldado licenciado

Hitler, y le emplearon como agitador. Sólo al verse envuelto en un proceso político se desentendió de mala gana de la Reichswehr. Hitler se adhirió a uno de los clubs de partido que se fundaron en Múnich, precisamente el que había de ser más tarde de los nazis, y se hizo rápidamente, entre los años 1919 y 1923, un orador popular pronto conocido. Tomó clases de oratoria con un cómico, y completó tan bien su arte de orador, que pronto atrajo a su camino a miles de personas. Ésta es la primera fuente de su éxito.

Los alemanes son quizá la única nación que nunca ha tenido un gran orador popular. Rara vez se encuentra junta la música con el arte oratorio, ni en los hombres ni en los pueblos. No es, pues, maravilla que los ingleses, que como nación no son musicales, hayan producido los más destacados oradores políticos, y los alemanes, que son musicales en alto grado, apenas si han producido algún orador. Al ser nombrados los ministros alemanes por los reyes y príncipes, y no por los parlamentos, carecían de escuela oratoria; Bismarck habló por primera vez en su vida al pueblo después de su dimisión, a la edad de setenta y siete años.

El arte oratorio de Hitler está en conexión con su estudio de las masas, al que se consagró apasionadamente después de la guerra. Declaró en su pequeño y nuevo partido que todo había de venir de la sugestión de la masa, entendiendo que el error de los republicanos alemanes era no haber dado otra vez a los alemanes banderas, músicas y canciones. Como discípulo de Ricardo Wagner, que le había enseñado los desfiles, coros y actitudes heroicas, demostró Hitler mucha más fantasía que todos los que en la República le habían precedido; naturalmente, la forma más barata de la fantasía. Él mismo buscaba los símbolos, él mismo dibujaba su bandera, decidía acerca de cada cuello y cada botón de las tropas del partido que entonces co-

menzaban poco a poco, y que luego fueron las S.A. (Secciones de asalto).

Importó la cruz gamada que los soldados alemanes habían visto en Finlandia por primera vez, y que había sido empleada allí después de la guerra en un cuerpo franco, procedente de Asia. Pues los finlandeses, que en parte derivan de los mongoles, la recogieron de Mongolia; y así resulta que el partido que sostiene la supremacía de la raza germana, lleva como distintivo el símbolo de una estirpe extranjera, y ni siquiera blanca. Lo principal es que llama la atención. Él se ocupó personalmente desde el comienzo de todos los efectos de iluminación y proyectores, de la instalación y de la música en la sala. Educó a la masa en el saludo con el brazo derecho, le enseñó las canciones y transformó a la multitud obtusa de oyentes pasivos en colaboradora y actora de sus solemnidades.

En este aspecto, como *régisseur* y propagandista, se ha mostrado verdaderamente genial. En su libro consagra treinta y dos páginas a la guerra, y de ellas veinte a la cuestión de la propaganda; propaganda que en esa ocasión hicieron muy mal los alemanes. «Sólo por su propaganda—escribe—ha ganado la Entente la guerra». Todo lo que se le repite constantemente a una multitud, escribe él también, «lo mismo si es verdad que si es mentira», estará dispuesta a creerlo; sólo hay que repetir lo mismo siempre. Domina magistralmente la técnica del orador de asambleas y puede aparecer, según convenga, como cómico, serio, chistoso, trágico, cínico. Lo que mejor hace es la gradación ascendente desde un comienzo serio, sombrío, hasta la acusación en que su voz se sobrepasa y empieza a gritar. Su eficacia—en pleno contraste con Mussolini—, estriba en que lanza conceptos místicos como «Honor», «Sangre», «Tierra», y con ellos envuelve a sus oyentes en esa nebulosa de

mística que los alemanes prefieren al cielo claro de la lógica y la claridad. Con ello ha conquistado millones de corazones, en especial a las mujeres, porque todos creen ver ante sí a un profeta cuyo corazón palpita por el destino de su pueblo. Estos gritos histéricos, estridentes, son sin duda auténticos: Hitler habla en una tremenda excitación. Pero al mismo tiempo es lo bastante taimado para instalar en el tablado un dispositivo con el que, cuando aprieta un botón, atrae sobre sí los proyectores, de manera que sus momentos estáticos puedan ser bien filmados. Análoga combinación de excitaciones y trucos se encuentran también con frecuencia en otros grandes actores.

Cinco años después del fin de la guerra, creyó Hitler haber llegado tan lejos con su joven partido como para arriesgarse a un golpe de Estado. Actuaba conjuntamente con el caudillo de la guerra mundial, Lúndendorff; tenía a su favor una parte de la Reichswehr bávara, pero en contra, en cambio, a los prusianos en Berlín; en el aniversario del armisticio del año 1923 intentó en estas condiciones un *putsch* en la Bürgerbräu de Múnich, con el que pretendía derribar desde Baviera la República alemana. En esa noche tuvo encerrados, con gran suerte, en un cuarto, durante la Asamblea gigante, al general Ludendorff y a algunos de los Ministros de allí, obligándoles, con el revólver empuñado, a entregarse y colaborar, si bien luego fue abandonado por casi todos. Además, para el otro día había ordenado la marcha de más de cien de sus prosélitos armados contra la policía, también armada. En una callejuela estrecha de Múnich hizo ésta frente a los sublevados. Dispararon, y quedaron en la calle catorce hombres muertos. En el mismo momento desapareció, en un auto, Hitler.

En el proceso que se le siguió como jefe de la rebelión ha quedado completamente esclarecida esta circunstancia.